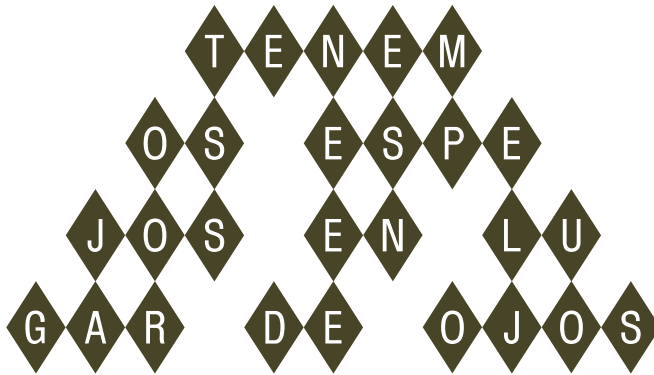


Fran Ilich
dept@ficcio.de



Estamos en un *workshop* en el Institut Goethe de Ciudad de México; el asunto se centra en la creación de un corto con un celular y yo soy uno de los alumnos. La fecha puede ser hoy o la semana pasada, o incluso hace 10 años, pero en realidad ocurre en la actualidad. No es que nos centremos ni mucho ni poco en la tecnología de hacer películas con teléfonos móviles, ni cosas por el estilo. Nos centramos en el viejo asunto de contar historias y la primera semana transcurre con la rutina de 8 horas diarias desarrollando ideas, escribiendo y discutiendo guiones, puntos de vista y los distintos intereses que nos motivan a contar una historia, y poco a poco, y dolorosamente entendiendo y aceptando que «eso» que queremos contar con tanta obsesión y a lo que tanto nos apegamos no es ni de lejos una historia, sino apenas un sentimiento, un esbozo, un personaje y una situación; un punto de partida, pero rara vez una historia. Con frecuencia, este proceso se convierte en terapia psicológica para los alumnos; pienso en la fotógrafa colombiana que dice que cada cabeza es un mundo (*as if*), que los viejos en los asilos están llenos de historias, y cómo Till Passow, el cineasta alemán que lleva el *workshop*, le pregunta dónde exactamente está la historia, que él no la ve. O en cómo ella desea citar a su ex-novio francés al que tanto extraña para interrogarlo y que éste se sincere frente a la cámara en relación a preguntas que a nosotros cómo público no nos interesan ni seducen: ¿Piensa en ella ahora que no están juntos? ¿Es feliz? ¿Qué piensa de la muerte? ¿Por qué pudieron intimar físicamente y no emocional ni mentalmente? ¿Por qué se fue? O el chico que quiere mostrar a una vendedora de rosas recién llegada a la Ciudad de México, desde un lejano pueblo y que no sabe cómo procesar la ciudad, ¿qué hacer con ella? De algún modo, este chico (alumno, actor, cineasta en ciernes) refleja con su idea de la chica de las rosas su misma posición: no sabe adónde ir con su propio guión. Y

Till preguntando de nuevo: «Pero, ¿dónde está la historia aquí? ¡Es que no la veo!» Y yo pensando en menonitas incestuosos, de los que venden quesos y que renunciaron a la modernidad europea hace unos 300 años para irse a vivir sin tecnología a lejanos ranchos de un nuevo mundo llamado América, que están en los semáforos de las calles nada impresionados por la ciudad, incluso despreciando el avanzado caos de ésta, ninguneándola tanto como esos zapatistas que recorrieron México cuando la consulta de 1996, diciendo: «Es que no puede ser que éste sea el país que dicen está tan avanzado en relación a nosotros los indios. ¿En esto nos quieren convertir?».

Poco a poco, en el interior del *workshop*, atrapados en el diálogo, nos perdemos una y otra vez en el juego de espejos que nos refleja a unos en otros a través de las horas. A veces hasta comienzo a creer que la realidad es compleja y tiene muchas capas y que cada cabeza es un mundo. Con todo, evito caer en ese frecuente lugar común.

Está claro que las guerras pueden ganarse con espejos y con palabras, y que sin la ayuda lingüística que la Malintzin le prestó a Cortés, quizá los invasores habrían permanecido por completo *lost in translation*. Acto seguido, los conquistadores se encargaron de que los vencidos aprendieran su idioma, que lo hablaran y entendieran y pensarán en él, y que además se expresaran en él para que así conocieran la cosmovisión dominante y que, a través de silencio y sonidos, la aprendieran y aprehendieran. Es decir, que quedaran confinados a las estructuras predecibles del idioma que ellos construyeron y dominaban desde antes. Eso es lo que se usa, lo clásico. El principal pilar de la globalización. El protocolo obligado. Sólo así dominas la mente ajena, a través de la seducción y la repetición. Tus conceptos los expresarán los colonizados

a través de sus palabras (que sin que ellos lo sepan, y que no son otras que tus palabras), y sus ideas y el lenguaje (que ejercerá de sistema operativo, los hará funcionar tal como necesita el sistema: tu sistema). Después vienen las creencias, la religión, los deseos y con eso todo, lo demás ya está. Están perdidos para siempre en un juego de espejos: viendo por televisión y deseando y trabajando por eso que nunca podrán ser y ni siquiera terminar de poseer.

Hay una frase en vasco que dice que todo lo que puede nombrarse es porque existe, y es creencia de algunos que para que exista una cosa primero hay que poder nombrarla, enunciarla, bajarla a la tierra como una idea y que sólo así y apenas después es que esto podrá existir: de otro modo confinada está al mundo de lo invisible, de lo incomprensible, lo inexistente y que sólo esquizofrénicos y locos pueden ver.

O como dijo el Subcomandante Marcos a propósito de los indios: «Para mostrarnos, nos escondemos en un pasamontañas, y para escondernos, nos quitamos el pasamontañas».

Siempre estuvieron ahí y nadie los quiso ver, sólo cuando se taparon el rostro es que cobraron cara: la cara de una sola rebelión silenciosa y pequeña. «Para que nos vieran, tuvimos que taparnos el rostro, porque mientras lo tuvimos destapado, nos trataban como animales y nunca escucharon nuestras demandas». «Quiere decir que todos somos el mismo, que si cae uno, siempre habrá alguien de nosotros detrás del pasamontañas para seguir adelante y el enemigo así, nunca podrá reconocernos ni castigar a nuestros familiares».

No que puedan reconocerlos, no que sean capaces de entender: de todos los comandantes zapatistas, sólo son los mestizos, los blancos, quienes cuentan

con órdenes de aprensión por parte del mal gobierno: los demás siguen siendo invisibles, inexplicables, incomprensibles, insensatos, insípidos, en una palabra: indios. Indios que seguramente no hacen más que obedecer las órdenes de un conspirador blanco que los manipula para que lleven a cabo su sueño de sangre, purificación y revolución. Indios sin mayor explicación, que hablan lenguajes donde algunas palabras-conceptos occidentales no existen y que hablan el cristiano con una rudeza tal que demuestra que no entienden cosa alguna.

Till Passow, con sus ojos extraños, de extranjero, ve las historias que nosotros no vemos. Y, sin embargo, yo preferiría narrar historias de oficinistas que de prostitutas aztecas o transexuales mestizos o zombies que viajan atrapados en el metro. Sin embargo, sus ojos complementan lo que puedo mirar acá, y termino inclinándome por hacer un *teaser* sobre la futura rebelión indígena del 2010, que ocurre para celebrar el bicentenario de la independencia mexicana, el centenario de la revolución y las profecías mayas sobre el final del tiempo.

Pocas semanas antes del *workshop* en Ciudad de México viajé a Donostia para impartir un taller en Arteleku. Llamo Donostia a la ciudad porque no quiero llamarla San Sebastián. Siempre me pregunto si acaso una es traducción de otra. Si Don es San en euskera, y si Ostia es Sebastián. Siempre me dicen que no. Y recuerdo a Cindy Flores (ciberefeminista mexicana) que cuando jugábamos Civilization 3 y yo fundaba una ciudad de nombre Donostia (básicamente siempre que lo juego escojo la civilización spanski), no hacía más que reír, suponiendo, pensando, que me burlaba del *slang*

español... Una ciudad de nombre Don Hostia, cosa más graciosa no podía haber. Pero no, un día hablamos seriamente al respecto. Tuve que mostrar evidencias de que no era una broma mía. Y al final creyó, pero no entendió. Hizo la misma pregunta: «¿San Sebastián significa Donostia en euskera?». «Creo que no», le dije, sin embargo de algún modo es casi que la misma ciudad, es decir: sí, la misma, a la vez que una completamente distinta dependiendo del idioma desde donde se piense. O eso pienso yo, que espero no estar severamente *lost in translation*. ¿Y eso a quién se lo puedo preguntar? ¿A un español, a un vasco, a un donostiarra, a un nativo de San Sebastián? ¿O es que acaso necesitamos un juez objetivo, externo, que no esté atrapado en este juego de espejos y no tenga ninguna clase de involucramiento en lo que respecta al estado español (imperio español)?

Bueno, el asunto es que la misión en Arteleku era problematizar el género de la telenovela y en particular el *telenouvelle vague*, produciendo una serie original sobre la cultura vasca: traducir la telenovela mexicana hacia un melodrama popular político que narrara nudos y tramas propios de la sociedad vasca. Lo que siguió en la práctica no pudo ser menos explosivo que la propuesta: un par de donostiarras que iban de los veintitantos a los sesenta y tantos años, y que proponían tramas para el culebrón que complicaban toda clase de cosas: lo que es una acción afirmativa, lo que funciona, lo que se debe hacer, lo que significa que un personaje salga de la cárcel tras estar 30 años por haberse manifestado políticamente o que una alcaldesa vaya a prisión por no condenar de palabra, el asesinato de un concejal. Y al final, tras finalizar la escritura colectiva de la sinfonía e hilarla, aparece Maider Zilbeti con una nueva problematización para la traducción: ¿Qué tal si la puesta en escena de esta telenovela se monta con actores mexicanos y no vascos?

Cosa que para mí tenía sentido aunque fuera sólo para ver si el drama podía explicarse desde la subjetividad de otro color de piel: una *mise-en-scène* con fotogramas de paisajes euskaldunes y actores morenos representando episodios de tragedia *abertzale* en escenarios contruidos contra los ladrillos de ficción con los que el juez Garzón confecciona la realidad. Esa realidad. Su realidad. Esa guerra que siguen peleando a través del entretenimiento, los medios, la religión y también las armas, tal cual el *military-entertainment complex*: sonriendo e hiriendo... Y que, sin embargo, como dijeron los mayas en su juego de espejos: yo soy tú y tú eres yo.

Que si otro mundo en verdad es posible, podemos intentar escribirlo, planearlo con plumas fuentes, cámaras-stylo y html. Y que a través de invertir factores, construir nuevas formas estructurales para contar historias y de tejer nuevas relaciones con los mismos actores y las mismas historias de siempre (nada nuevo bajo el sol, dice la literatura), podemos hackear y modificar la realidad de nuestras sociedades: a través de la invocación narrativa, del entramado de historias colectivas y personales, del remix y la aleatoridad y todas las estrategias posibles: algo así como invócalo primero, enúncialo después: poco a poco esto se convertirá en la realidad como un *self-fulfilling prophecy*.

Otra narr@tiva es posible. ♦